

LA CONCIENCIA MORAL, ¿ES ALGO ABSOLUTO?*

Antes de plantear mi problema central de si la conciencia moral es algo absoluto, conviene preguntarse: ¿qué es, en qué consiste, cuál es la esencia de la conciencia moral?

En primer lugar, la conciencia moral se distingue esencial y formalmente de la conciencia teórica o psicológica. En mi patria alemana, por ejemplo, muy probablemente el tema de la conciencia moral y jurídica (*Gewissen*) no estaría tratado dentro del tema general de la conciencia (*Bewusstsein*), sino más bien en un congreso sobre Ética o Derecho natural. Pero la homonimia del término *conscientia* en todos los idiomas de origen latino para designar *das Bewusstsein*, la apercepción del propio ser personal y de las cosas que me rodean, y asimismo *das Gewissen*, el último juicio práctico y moral: esta homonimia, digo, tiene también sus ventajas, porque de tal modo se evita la escisión fatal entre el hombre concreto y un nebuloso reino de valores abstractos que flotan en el aire (έν περινώ τόπω). Así podemos ver la trascendencia de la conciencia moral dentro de la unidad concreta que constituye la conciencia humana.

Ya hay precedentes al respecto en la antigüedad. Pensemos tan sólo en la *Antigone*, de Sófocles; en el “δαίμόνιον” de Sócrates, en el “φρόνησις” de Aristóteles, y en el noble moralista cordobés: Lucio Anneo Séneca. El contemporáneo de Séneca, el mismo San Pablo, escribe sobre la conciencia moral: “En verdad, cuando los gentiles, guiados por la razón natural, sin Ley, cumplen los preceptos de la Ley, ellos mismos, sin tenerla, son para sí mismos Ley. Y con esto muestran que los preceptos de la Ley están escritos en sus corazones, siendo testigo su conciencia” – San Pablo usa la palabra griega “συνείδησις” que es literalmente “con-scientia” - “y las sentencias con que entre sí unos y otros se acusan o se excusan” (*Rom. 2, 14-15*).

Como se ve, con la aparición del Logos eterno, del Hijo de Dios en carne mortal sucede algo paradójico; paradójico en el sentido de Sören Kierkegaard: Mientras que el pagano Sócrates oye la “voz” (φωνή) de la conciencia como una “señal” (σημείον) que proviene de una instancia exterior y superior, «τό δαίμόνιον» – “algo divino”, no tardaría en traducir - , y de un modo meramente negativo: le avisa de no hacer algo, nunca le empuja a una acción positiva (άποτρέπει... προτρέπει δή οὔπο τε) cfr. PLATÓN, *Apología* 31 D, 41 D; Fedro 242 B).

* Homenaje al Prof. Michael Schmaus, Universität München 1963. En: *La ciudad de Dios* CLXXVI (Madrid 1963) 778-784.

En el Nuevo Testamento la conciencia es lo más intrínseco del corazón del hombre, y al mismo tiempo algo eminentemente positivo: es el “juicio justo” (δικαία χριστός: Juan 7, 24); y más fuerte aún: “¿Por qué no juzgáis por vosotros mismos lo que es justo?” («τί δέ χαί άφι έαυτώ ού χρίνετε τό δίχαιου» Lucas 12, 57). Todo esto suena mucho más a una sentencia jurídica; y la “paradoja” en comparación con los paganos, los helenos, es que en la revelación del Hijo de Dios el juez que decide lo que es bueno y lo que es malo es el hombre individual como hijo adoptivo de Dios; y de este modo se ha convertido la tentación de la serpiente: “Se os abrirán los ojos y seréis como Dios, concedores del bien y del mal” (Génesis 3, 5). Desde luego, el supremo Juez es Dios; lo bueno es siempre y únicamente la voluntad de Dios. Pero lo nuevo es la conciencia del “summum bonum” con el juicio íntimo que determina la decisión en el corazón de cada hombre cristiano. ¿Cómo es posible tal *absolutización* de la conciencia humana? Y, sobre todo: ¿Es verdad, es realidad el mensaje del evangelio que nos dice que la *conciencia moral es algo absoluto*; si contemplamos, con toda la debida objetividad y humildad, ya casi dos milenios de la historia de la salvación?

Del mismo modo como no hubo un conocimiento claro de la *persona humana* fuera de la historia de la salvación (incluyo también el Antiguo Testamento), así fueron escasos los destellos de la *conciencia moral* en el mundo pagano. (Cf. *Rom.* 1, 18-32). Los padres griegos y latinos lo sintieron así y hallaron un nuevo vocablo para denominar la συνείδησις, la *conscientia*: *el saber junto con otro, con Dios*, y concretamente: la *sindéresis*. La etimología de la palabra griega συνείδησις probablemente deriva del verbo συντηρεῖν: con-servar en la memoria. Y es verdad que la *memoria* es la base de todo el comportamiento moral (sobre todo de la fe y la fidelidad): sin memoria no habría responsabilidad e identidad personal. Más aún: sin memoria no habría constancia del ser e inmortalidad, y el ser meramente relativo, mejor dicho: relacional de todas las cosas se perdería en la nada del tiempo: del ser “ya no” y “todavía no”, y de un presente que, sin memoria, no sería nada en sí, no más que un punto matemático. Estamos ya hastiados de la Me-ontología del “Ser y tiempo”, y desearía ardientemente un pensamiento, lleno del espíritu agustiniano y tomista, que ahonde y profundice en la realidad originaria y radical, que siempre es la realidad personal de “*Memoria y Ser*”.

Pero la memoria es un presupuesto, no la *esencia de la sindéresis*. Esta se considera y se define – en toda la tradición cristiana, desde San Jerónimo hasta San Buenaventura y Duns Escoto¹ – como un “habitus”, es decir, *la capacidad del intelecto humano de juzgar lo que es bueno y lo que es malo*: “Sicut scintilla est id, quod purius est de igne et quod supervolat toti igni, ita synderesis est id, quod supremum in conscientia iudicio

¹ Algunos pasajes: Jerónimo, *Comm. in Ezech.*; AGUSTÍN, *De lib. arb.*, II, 10; *De Trin.*, XII, 2; Alejandro de Hales, *Summa theol.*, lib- II, in q. IV, tract. I, sect. II, quaest. III, tit. IV, membr. I, capita I-III; Alberto Magno, *Summa theol.*, II, 16, 99; 25, 2; “Synderesis semper instigat ad bonum”; est “lumen inclinans semper in bonum”; “in nullo extinguitur” (S. Th., II, 99, 2-3); TOMÁS, *Summa theol.*, I, 79, 12; II, 94, 1 ad 2; BUENAVENTURA, *Sent.*, II, 39; DUNS ESCOTO, 2 dist. 39, qu. 2, 4).

reperitur”; esta bella metáfora leemos en las *Quæstiones disputatæ de veritate*, de Santo Tomás (12, 2 ad 3).

Toda la tradición católica ha sostenido siempre la convicción acerca de la conciencia moral que acabamos de esbozar; a saber: de que el hombre – e incluso el hombre caído y pecador – según la luz innata de su conciencia, puede dictar la sentencia, el juicio de si algo que intenta pensar o hacer, o lo que ha pensado o hecho, es *bueno o no*. En esta facultad *judicativa* (y, por tanto, intelectual y volitiva, a la vez) – pero *nunca legislativa* – estriba la conciencia moral; y el sentimiento de una “buena” o “mala conciencia”, los remordimientos que pueden afectarnos más tarde son una mera consecuencia, y a veces moralmente siniestra, como atestigua la historia con la extrema “conciencia de pecado” de Martín Lutero.

Pero cada vez que nos acosa más la penosa pregunta: ¿Es justificado el optimismo evangélico al asegurarnos que, a pesar de todo, en la “scintilla animæ”, en su conciencia posee el hombre una instancia última, *absoluta*, que le permite distinguir entre lo bueno y lo malo? Y ¿no avala más bien la historia la opinión contraria, naturalista, y materialista, que pretende que la llamada “conciencia moral” no es más que una mera costumbre social, un chantaje de la sociedad, de “las circunstancias”, de la vida profesional, un efluvio de la propaganda y de la indefinible “atmósfera social”? ¿Algo, por tanto, cambiante como ésta última, según la “opinión pública”, la ideología o *Weltanschauung* que acierta a estar en vigencia?

Es superfluo aducir ejemplos para documentar la exclamación casi desesperada de Georg Wilhelm Friedrich Hegel – padre intelectual de casi todos los males que sufrimos hoy - al llamar a la historia “el matadero de las naciones, donde son inmoladas la felicidad de los pueblos, las virtudes de los individuos ...”. Y en todos los siglos los hombre han quemado lo que adoraban antes, y han adorado lo que quemaron, y esto con la conciencia más tranquila que puede imaginarse.

Pero no hace falta, ni mucho menos, recurrir a la historia pasada. Hemos vivido todos, en los últimos treinta años y en todas las partes del mundo, tantas crueldades incomprensibles, que de veras cabe preguntarse: ¿*Dónde queda la conciencia humana?* Porque lo peor de todo es que tales atrocidades fueron y son cometidas en nombre de la liberación de los pueblos, y en la mayoría de los caos los crímenes fueron ejecutados con sangre fría y con la conciencia de haber cumplido un deber, de obedecer a las órdenes y leyes que impone la “Weltanschauung”, la ideología, la doctrina, a favor de un presunto progreso humano. Las ideologías son el peligro que amenaza la conciencia, y por tanto los responsables y culpables son los intelectuales y especialmente los filósofos.

Dejemos aparte toda argumentación por vivencias, experiencias e historia, y sigamos el camino de un pensamiento puro y, por ende, apriórico: concretamente, contemplemos un *principio evidente* de la ética trascendental; es, a saber.

En cada situación en que se encuentra el hombre hay una, y no más que una actitud o acción que es la mejor de todas las posibles; y el conocer este único bien en cada instante de la vida – único por ser el mejor de todos – es el fin de la conciencia libre, y en el poder realizarlo, contra la resistencia que me opone mi propia debilidad, consiste la voluntad libre. Brevemente: el hombre nunca puede estar en la situación del asno de Buridán.

A quien no sea del todo evidente el complejo que forman los *principios trascendentales* – el ser personal y la verdad, la unidad y la bondad, la acción y la libertad -, le pido paciencia, porque tal vez en la discusión quede tiempo para aclarar todo de un modo más diáfano y transparente.

Ahora podemos expresar la aparente contradicción que hemos visto con términos puramente filosóficos, es decir, *supra empíricos*:

1º *Tesis*: Es *a priori* y, por tanto, *absolutamente* seguro que en cada situación hay una, y solamente una decisión que es *absolutamente buena*, en el sentido de: la mejor de todas las posibles. Su conocimiento exige, como es lógico, una *conciencia absoluta*, dotada de *omnisciencia* y de *perfecta santidad*.

2º *Antítesis*: Nosotros los hombres *no* poseemos una conciencia absoluta, sino tan sólo *en* nuestra conciencia se anuncia la necesidad del *Ser personal absoluto*.

Es obvio que una *síntesis es imposible*, si nos situamos en el terreno meramente humano. La dialéctica horizontal no vale como principio filosófico. En todo ser finito se expresa la *analogía entis*.

Por lo cual no hay que extrañarse que hasta ahora todo intento de idear una ética autónoma y autárquica, basada tan sólo en el ser del hombre, y de las realidades percibidas o imaginadas por él, haya fracasado siempre, y deba fracasar forzosamente. La prueba quizás más contundente es que ni siquiera los pensadores más profundos y nobles anteriores al nacimiento de Cristo fueron capaces de averiguar el primer principio formas y, a la vez, material de toda ética, a saber: *Caritas forma virtutum*. La caridad cristiana supera de un modo tan decisivo el *ερως*, el amor erótico del *Banquete*, de Platón, y aun la *μεγαλοψυχία* y la *φιλία* (la magnanimidad y amistad) de Aristóteles, que los evangelistas y San Pablo hubieron de buscar una expresión totalmente nueva: *αγάπη*, ágape.

Ya hemos hablado de los peligros terribles que provienen de las ideologías abstractas. Yo, por lo menos, prefiero morir en Dios, antes de vivir en la “República” de Platón.

Llegamos, pues, a esta conclusión: El carácter absoluto que exige la conciencia moral, a título de íntima y última instancia del juicio práctico, no le conviene de por sí, sino tan sólo puede lograrse en continua relación con el Autor absoluto de toda bondad y caridad. La conciencia humana *se hace absoluto* mediante su relación a la persona absoluta. Es evidente que el Absoluto es necesariamente persona espiritual, y todos los ideales, valores,

leyes, mandamientos, sólo pueden existir como ideas de *Él* en su sentido último, íntimo y absoluto, la conciencia es un perpetuo diálogo que une al alma con el Ser supremo.

Pero aún en esta íntima *scintilla*, donde se unen *summum et intimum*, la conciencia no está libre de errores, y menos aún de graves negligencias. Por ejemplo: Conozco a fieles cristianos, muy concienzudos y hasta escrupulosos, que no tienen ninguna conciencia, ninguna idea de que la riqueza es de por sí un pecado moral que excluye al rico obstinado, por falta de caridad, del Reino de Dios. Se entiende: la riqueza en el sentido de lujo, de suntuosidad, o avaricia, y no un patrimonio bien invertido en empresas que sirven al bien común, bienestar y salud espiritual y física del prójimo. Pero aquellos pobres ricos no saben nada de los mandamientos claros y categóricos: “Nadie puede servir a dos señores ... No podéis servir a Dios y a las riquezas” (Mt 6, 24; Lc 16, 13). “Es más fácil, que un camello entre por el ojo de una aguja que entre un rico en el reino de los cielos (Mt 19, 21-24; Mc 10, 21-25). “Y vosotros los ricos, llorad a gritos sobre las miserias que os amenazan” (Santiago 5, 1). Hay cristianos, repito, que parece ignoran el precepto supremo del que pende toda la Ley; o si tienen ciencia, no tienen conciencia.

Por consiguiente: toda estas consideraciones y meditaciones nos llevan, ineludible e inexorablemente, a la única conclusión: *La conciencia individual del hombre no es suficiente para saber el bien*, lo que debe pensar y hacer. Tampoco, y menos aún, son suficientes las diversas conciencias colectivas y sociales. De lo cual se deduce lógicamente que la construcción de una sociedad o de un Estado sobre una base *meramente humana* es una utopía y quimera, que conduce al desastre. De tal evidencia se sigue que es necesaria otra pauta, absolutamente segura: infalible, para dirigir y completar la conciencia. ¿Dónde encontramos esta necesaria *segunda relación con el Absoluto*?

CARLYLE Thomas (1795–1881) dice en su obra “Past and Present” (1943): La esencia de toda religión es mantener en nosotros esa conciencia moral o luz interna viva y brillante”, e.d. “recordamos la diferencia casi infinita que hay entre un buen hombre y un mal hombre” – o sea “ que se haga Tu voluntad”

La solución no es nada difícil, si recordamos nuestra conciencia de *espíritus encarnados*: Además de la relación espiritual, in-visible que tiene lugar en la conciencia, en la “scintilla” del alma, debe darse una segunda relación visible y sensible, real y corpórea: “Corpus Christi mysticum”. No hay nada más comprensible que la confesión que nos hizo el gran converso John Henry Cardenal NEWMAN (1801-90) en su *Grammar of assent*: “No podría creer en Dios, si no se hubiera hecho visible en Cristo; y no podría creer en Cristo, si no permaneciera visiblemente en la Iglesia”. Pero el mismo Cardenal Newman exclamó, con ocasión de un homenaje al Papa León XIII: “*Before the pope, my conscience!*” (Antes que el Papa, mi conciencia). Quien no ve claramente la interna unidad, no sabe nada, no tiene

conciencia del ser del hombre, persona encarnada, que cuanto más se entrega a Él, tanto más se confirma en sí mismo. Sólo de este modo puede participar del Absoluto.